

acabar, en su regia cámara. Gerville efunfuñó cuanto quiso, diciendo que iba por consideración á la mujer, no á la infanta. Y así fué murmurando desde el consejo á la cámara. Entró sin cumplir lo que había prometido, sin guardar á la princesa los respetos prestables, por lo menos, á la señora. Esta le recomendó una monja. «Señora, le dijo el ministro, si hubiera sabido que me llamabais para eso, no dejara mi trabajo.» Buen trabajador, dice un su contemporáneo, pero muy mal criado. A los pocos días de ser ministro, invitó á sus compañeros de gabinete á una comida, en la cual estuvieron los jacobinos del ayuntamiento representados por el alcalde Pétion y los muñidores revolucionarios de mayor nota en París. Imaginaos qué sociedad formarían los comuneros avanzados con los ministros realistas. Sin embargo, pasaran una excelente noche paciend juntos tigres con corederos, y juntos rascándose, antes de comerse ó devorarse unos á otros. La crónica refiere que echaron al aire una cana y tuvieron un buen rato los ministros del Rey con los cabecillas del pueblo. Y aquéllos adularon más á éstos que éstos á aquéllos. El supersticioso Molville jugó al billar con el exaltado Pétion. Gerville, por su parte, había recibido tan poco el cuño realista, que ver cara tan hermosa como la cara de Antonieta y quedarse petrificado, como si hubiera visto la cabeza de Medusa, todo era uno. Pero el ministro más original de aquel ministerio, era Narbonne. De origen misterioso, pues le creían en la corte fruto del incesto de Luis XV con una de sus hijas; esta nota le hubiera, en otra cualquier edad, perdido, y entonces le valía y lo aupaba. De muy hermosa presencia, de muy distinguidas maneras; fino, sin afeminación, aristócrata sin jactancia, liberal sin alardes; con los constitucionales por sus ideas, con los cortesanos por su cuna, el trato de la sociedad sabia y la constante presencia en los salones literarios habíale dado un calquillo de la ciencia tan dorado brillante, que, si á las mujeres les gustaba por su figura, les gustaba también á los hombres por su conversación. Y habremos de confesar que á su figura, y no á su conversación, á las mujeres, y no á los hombres, debió la fortuna. Le amó la célebre baronesa de Staël. Casada ésta con el viejo embajador de Suecia, buscó en el amor exaltado á un buen mozo la compensación de los regulares y fríos deberes pagados á un buen viejo. Pero, si madame Staël pudo dar á su amado el corazón, ¡ah! no pudo darle á su amado la mente. Sin llegar al nivel de los genios, la baronesa ostentaba inteligencia universal, que la sostenía con brillo, lo mismo en las cumbres del pensamiento filosófico, que en las cumbres del arte literario. Muy conocedora de las ciencias y de las letras; en cierto sentido predecesora de los sociólogos modernos; tan hábil para escribir sobre la filosofía de Kant, como sobre la política de Montesquieu, pensaba en voz alta con grande amenidad, y sostenía en torno suyo un salón, por tal modo numeroso, que podía constituir un partido. Cuando e atraba en cualquier parte, desnudos los nervudísimos brazos, desahogado el carnoso cuello; con su aire y su acento varoniles; fuerte y hombruna, solía rechazar á los más emparrados en su culto, pero, si de pñe, frente á una chimenea, ó apoyada en cualquier mesita, de-

partía y departía, convirtiendo el diálogo en monólogo, y elevando este monólogo á los altos vuelos de la mayor elocuencia posible, todos quedaban suspensos de sus labios, para caer desde luego rendidos á sus plantas. En lo físico le ayudaban á complacer su cabeza esférica, su cabello negrísimo, sus ojos deslumbradores. Grande para la política en teoría, comprendió poco la política militante y continua. Por esto creyó su Narbonne una solución, cuando sólo era una tregua. Por esto creyó que anudaría los emigrados con los constitucionales, cuando perdió á los unos y exacerbó á los otros. Por esto le mandó á investigar los ejércitos amenazadores de la frontera, y les pareció á éstos una especie de actor, y trajo al gobierno, volviendo de su inspección, más esperanzas ilusorias que noticias ciertas. En España hubiéramos dicho que madame Staël hablaba por boca de ganso, de tal ganso, pudiendo conseguir de la memoria buena del amado que repitiera sus frases; pero no pudiendo conseguir que guardara sus ideas. Era un farol de luz prestada; en cuanto le quitaron esta luz, quedó sólo el farol.

Así miraba siempre á su estrella. Nacido en la corte de Parma y educado en la corte de Versalles, había sentido, como bastardo, el mismo comezón de novedades, que sintieran por este tiempo los nobles segundones. Como su estrella y su nacimiento lo había hecho coronel antes de la mayor edad, todo lo creía él asequible á su fortuna. Como había mezclado en su persona los hábitos nobiliarios con las ideas liberales, imaginaba que también podría mezclar en su país las clases nobles con las clases populares, y el rey antiguo con as instituciones progresivas. Como, al comenzar el terror, había conducido las ariscas, lbrujas, llamadas tías del Rey, á Roma sin daño alguno, comenzado así la emigración imaginaba tan fácil atraer los emigrados á sus ideas como las mujeres á sus gracias. Del partido de Barnave por sus creencias, tenía por sus sentimientos de jefe, no al orador Barnave, á la escritora Staël. Ésta creía que le bastaba quererlo para poder transformarlo en héroe. Elevólo al ministerio; no lo elevó al heroísmo. Le inspiró petulancia, no le inspiró elocuencia. Más fanfarrón que valiente, creíase capaz de contrastar hasta el destino que pesaba sobre los Reyes. Así, tomaba el arte cortesano aprendido en su niñez por ciencia diplomática. Los pensamientos sugeridos por madame Staël, ofrecíalos como pensamientos propios. Era muy atrevido, por lo mismo que también era muy fatuo. Y como fatuo creyó lo más fácil del mundo encontrar en la política el canon farmacólogo de madame Staël. Con Barnave, que acababa de perderse para siempre aplastado por los jacobinos y Robespierre; con los ministros barnavistas contrastados por los ministros demócratas; con un ayuntamiento, donde Pétion había sucedido á Bailly; con una milicia nacional descabezada de su Lafayette; con partidos de acción revolucionaria como los dantonianos y de ideas robespieristas como los jacobinos; con sumandos y factores de una indefinición en sus ideas y en su proceder de una incertidumbre como los girondinos; con patricios pesimistas, aliados y unidos á todos los amigos de la revolución en Francia y allende Francia uni-



dos á todos los aborrecedores de la patria, quería Narbonne, sin otra luz que los ojos de madame Staël, más fáciles de ver que las ideas por sus propios ojos, hacer un monarca neutral entre todos los partidos y capaz de olvidar sus anacrónicos privilegios absolutos, presentes en la regia memoria y vivos en el corazón; una Cámara de los lores que se dejase llevar al progreso dulcemente, sin ofenderlo ni combatirlo jamás; una clase de patrios que recibiera la democracia en su seno gradualmente y no la contrariara, una clase media que no envidiase á los nobles y no despreciase á los pueblos, unas muchedumbres tan adoradoras de la monarquía como las muchedumbres seculares británicas; improvisando en un segundo de tiempo y en un punto del espacio antiguas obras, como la Constitución inglesa, engendradas por la mente colectiva de toda una sociedad; hechas con auxilio de Dios y del gran ministro de Dios, el tiempo; arrancadas desde los senos del abismo de la muerte donde yacen innumerables generaciones extintas; con tal fuerza que parecen unidas al territorio y de tanta duración que frisan con la eternidad; vivas siempre como las costumbres perdurables; basadas sobre el asentimiento y el consentimiento universal. Veréis el desengaño.



## CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO-SÉPTIMO

El Congreso Legislativo y la reaccionaria emigración.

MUCHAS esperanzas en los constitucionales de conservar la Constitución; muchas promesas del Rey de cooperar y contribuir por su parte á conservarla; muchas intrigas de los emigrados encaminados á perderlo todo y enredar en términos la madeja de los problemas políticos que hubiera necesidad imprescindible de cortarla; muchas impaciencias de los revolucionarios extremos por un extravío y vuelco de la revolución hacia el izquierdo lado que les permitiese apoderarse de la dictadura consiguiente á la violencia. Constitucionales y girondinos formaban el centro de la política, pero con su pensamiento puesto, los unos en la Monarquía pura, los otros en la República federal. Constituía la extrema derecha de los constitucionales el grupo emigrado, y la izquierda de los girondinos la escuela jacobina, y la extrema izquierda de todos estos, los dantonianos y los maratistas. Tal era, en verdad, el estado de la política francesa cuando nació el año noventa y dos, por sus primeros meses. La inconsciencia del destino que debía cumplir cada cual, estaba en todos manifiesta y el curso de los tiempos y el movimiento de los sucesos trajeron la ocasión á cada uno de hacer un acto personal y una serie de actos personales, en los que podrían creer que cumplieran vocaciones personales cuando sólo cumplían un incontrastable destino, impuesto por la dialéctica real, tan implacable y tan rigurosa como la mecánica celeste. La corte creía en algunos momentos reprimir la emigración maldiciéndola para caer en sus brazos luego; la joven Asamblea reprimir la revolución jurando conservar el código fundamental para luego